PRESENTACIÓN

Como directora de la Cátedra «Baltasar Gracián» de la Institución «Fernando el Católico», me complace dar la bienvenida a todos los participantes en el Coloquio Hispano-alemán «Saberes humanísticos y formas de vida. Usos y abusos». Una vez más, los trabajos de coordinación han corrido a cargo de José Enrique Laplana, director del Departamento de Filología Española de la Universidad de Zaragoza, a quien agradezco sinceramente su trabajo y entrega. También deseo dar las gracias más expresivas al director de la Institución Fernando el Católico, Carlos Forcadell, por su generosa ayuda, y a los profesores que, desde distintos puntos del mapa, se han acercado a esta ciudad para ilustrarnos con sus saberes y para plantear nuevos proyectos en el área de la investigación humanística. Por último, mi agradecimiento a las becarias Aurora González y Almudena Vidorreta, por su colaboración, y a todos los alumnos matriculados en el Coloquio por su asistencia, esperando que las sesiones del programa sean provechosas para su desarrollo intelectual y humano.

Como hemos apuntado en otro lugar, cualquier intento de vindicar las Humanidades debería ir acompañado de aquel sentido práctico que estas tuvieran en origen. El mismo que Heidegger reclamaba en su *Carta sobre el Humanismo* cuando decía que «el lenguaje es la casa del ser» y el hombre quien la habita, pero corresponde a los pensadores y a los poetas ser sus guardianes. En esa misiva, el filósofo alemán no solo alertaba contra el exceso de los «ismos», sino que avisaba del peligroso declive del pensamiento y de la realidad cambiante que el propio Humanismo había representado con el correr de los tiempos.

Más allá de aquellas cuestiones metafísicas relacionadas con el asunto, que Ernesto Grassi devolvería con posterioridad al terreno propiamente filológico que las Humanidades tuvieran en sus inicios, la epístola heideggeriana recogía una sentencia de Heráclito contada por Aristóteles (*De part. anim.* A5, 645 a 17), a propósito de las maravillas que contiene la naturaleza, que me gustaría recordar de nuevo. Vinculadas sus palabras a la tradición de la dignidad del hombre como *quidam Deus*, estas representaban sobre todo una idea sempiterna, al mostrar cómo, de la realidad prosaica que lo rebaja a su ser miserable, podían surgir formas excelsas del pensamiento:

> Se cuenta un dicho que supuestamente le dijo Heráclito a unos forasteros que querían ir a verlo. Cuando ya estaban llegando a su casa, lo vieron calentándose

> junto a un horno. Se detuvieron sorprendidos, sobre todo porque él, al verles dudar, les animó a entrar, invitándoles con las siguientes palabras: «También aquí están presentes los dioses».

Situar a un gran filósofo junto al fuego en el que se fabrica el pan de cada día no deja de ser un buen revulsivo, sobre todo en tiempos de crisis como los actuales, tan poco proclives a la hora de valorar los estudios humanísticos. Santa Teresa lo dijo siglos más tarde, a su manera, cuando hablaba de que también Dios andaba entre los pucheros. Sentencia que se ha vulgarizado por surgir en un entorno conventual femenino, pero que también se puede entender desde esa perspectiva en la que, como la fragua de Vulcano pintada por Velázquez, el territorio de lo divino o elevado aparece milagrosamente en el humilde ámbito de lo más prosaico y cotidiano.

Recordemos que el Renacimiento erigió sobre los cimientos de las miserias humanas el templo de la dignidad, vinculándola precisamente al ejercicio de las Humanidades, constituyéndolas en su salvaguarda. El tema es bien conocido y las letras hispánicas aportaron a la cadena temática algunos señeros eslabones más allá de las consabidas *laudes litterarum* y de las prolusiones universitarias. Pensemos en Luis Vives o en el *Diálogo de la dignidad del hombre* de Fernán Pérez de Oliva. Pero esas y otras valoraciones del conocimiento y del espíritu, incluso en el ámbito de lo religioso, también dejaron al descubierto el peso de las susodichas miserias humanas, como demuestran las ascensiones de fray Luis de León o el *Primero Sueño* de sor Juana Inés de la Cruz, mostrando, una vez más, que los altos vuelos poéticos e intelectuales, como la búsqueda de la excelencia, han estado también llenos de fracasos y descensos.

La afirmación y defensa del saber humanístico alcanzó formas muy diversas a lo largo de los siglos, dependiendo de las circunstancias históricas. Como recuerda Nicholas Mann, los *Studia humanitatis* y el oficio de humanista implicaron una práctica que hacia 1809 se transformaría en concepto, al sustantivarse el calificativo *Humanismo* como expresión de los valores de la Antigüedad grecorromana rescatados por el Renacimiento. Asumir que primero fueron los humanistas y los estudios humanísticos, y que el concepto de Humanismo fue una invención muy posterior no deja de ser interesante, y no solo por cuestiones historiográficas. Como ha ocurrido en tantas ocasiones, incluido el proceso creativo de la *Poética* de Aristóteles o el de la evolución de los nuevos géneros en el Renacimiento, lo cierto es que la práctica se adelantó una vez más a la teoría que la convirtiera más tarde en regla artística.

El afán por la cultura y por las letras, la esencia de los *Studia humanitatis*, no nació ni se desarrolló de la misma manera en todos los países, por lo que es necesario estudiarlo en el momento y en el contexto en el que surgieron. Pero también es cierto que su proyección universal obliga a análisis de conjunto y a estudios transversales que tengan siempre como fondo el paisaje de la cultura

grecolatina sin desdeñar otros de obligada referencia. Por otra parte, conviene no perder de vista que las bases del Humanismo fueron filológicas, pues, como recordaba Michael D. Reeve, a propósito de la erudición humanística, todo empezó con la búsqueda de las obras clásicas y el estudio de las mismas a través de la crítica textual, el comentario y el método analítico, que tanta importancia conferiría a la gramática. De ese modo, el buen conocimiento de la lengua se convirtió en el medio necesario para acceder luego al resto de los saberes.

La necesidad de volver a la retórica, la poética y la dialéctica clásicas, no debe hacernos olvidar cuanto supusieron los estudios bíblicos en un mundo cristianizado que sin embargo, y precisamente por ello, olvidó cuanto la cultura árabe había representado en la Edad Media a la hora de transmitir conocimientos. El debate entre filólogos y filósofos, por no hablar del que todas las disciplinas mantuvieron respecto a la teología o a la ciencia, se manifestó de formas muy diversas y hasta cruentas, aunque en muchos casos fuera enriquecedor, como es el caso de la vinculación, cada vez más fructífera, entre literatura y arte.

La necesidad de relacionar las formas de vida con los saberes humanísticos a todos los niveles es asunto complejo y de una ambición que rebasa cualquier intento de simplificarlo. En esta ocasión, se ha querido acotar la perspectiva situando esa alianza en el territorio conflictivo planteado por los usos y abusos que se hicieron de las disciplinas humanísticas en algunos de sus ámbitos. Iniciamos así un camino que sin duda nos permitirá nuevos planteamientos en reuniones futuras. Sobre todo porque, como podrán comprobar por los distintos programas integrados en el Proyecto Hispano-alemán del que daremos cuenta, la cronología se extiende mucho más allá del Renacimiento propiamente dicho. Y no solo hacia atrás, para conocer sus fundamentos y precedentes, sino hacia etapas posteriores que, pese a la actual división tajante que ofrece el concepto moderno de Barroco, dicho período necesita constantemente del concurso de los *Studia humanitatis* y de lo que hoy entendemos por Humanismo a la hora de estudiarlo.

Lejos de la linealidad de una historia de la cultura que avanza ineluctablemente hacia el mundo moderno, William J. Bouwsma, en *El otoño del Renacimiento. 1550-1640* (Barcelona, Ed. Crítica, 2001), ha planteado la necesidad de analizar todo un movimiento en dirección contraria que cuestionó los presupuestos del Humanismo para crear nuevos géneros o descubrir otros mundos desde la crítica y desde la desconfianza. Avalando sus argumentos con las obras de Montaigne, Cervantes, Galileo, Shakespeare o Descartes (e incluso si añadimos, por nuestra parte, la de otros escépticos como Gracián), lo cierto es que las Humanidades siguieron probando su capacidad y riqueza precisamente por sobrevivir en otros géneros y formas que permitieron abrir nuevos caminos a la invención.

Claro que también cabría añadir cuanto la evolución del primer Humanismo supuso en todos los países no solo en su devenir temporal, sino en su aplicación real. Asunto del que ya trató hace años Luis Gil al denunciar la decadencia su-

puesta por el caso de España, donde el panorama educativo fue tan demoledor respecto al estudio de las lenguas y los autores grecolatinos. Y todo ello pese a esfuerzos tan señeros como los de Vives, Maldonado o Baltasar de Céspedes, por poner algunos ejemplos, o de cuanto la cultura española e hispánica pudo ofrecer en el ámbito de la creación literaria.

A la tarea de dibujar desde los márgenes el perfil de la tradición clásica recuperada por el Renacimiento en determinados textos y contextos culturales, literarios y artísticos, dedicarán estos días sus conocimientos especialistas provenientes de distintos lugares de Europa. Ahora que dicho continente ofrece un panorama de cohesión inusitado en épocas pretéritas, quizás sea más necesario que nunca ahondar en nuestras raíces y sobre todo en los lazos de unión que han permanecido a través de los siglos.

El trazado antitético entre la Edad Media y el Renacimiento no ha dejado de ser una invención postiza que la crítica ha ido desmontando con más o menos fortuna. A estas alturas, son bien conocidos los peligros que representa oponer la luminaria del Renacimiento a una etapa supuestamente oscura como la medieval. De ahí que, en la medida de lo posible, este Coloquio trate de presentar algunos de los precedentes más señeros del Renacimiento, procurando mostrar hasta qué punto hubo conflictos entre la resurrección clásica y la realidad histórica o literaria del momento.

Desde el secular desencuentro de la cultura europea con la cultura árabe, al humanismo americano, pasando por la resurrección del canon grecolatino y sus distintas proyecciones en España, Italia y otros lugares de Europa o América, se trazará un discreto mapa, tanto temático como cronológico, en el que no faltarán las incursiones en la historia del pensamiento, la ciencia, la literatura y el arte. Los usos y abusos a los que se refiere el título conformarán esa doble faz o «cara janual» (como la llamaba el mencionado jesuita aragonés) que siempre presenta la historia de la cultura y la de las costumbres.

Hace unos días Patricia Cohen, en un artículo publicado en *The New York Times* (cf. *El País,* 2-12-2011) con el título «La erudición, bajo el prisma de la tecnología», aludió al *Proyecto Cartografía de la República de las Letras* (nytimes.com/books) en el que se plantean los nuevos retos del Humanismo en el siglo XXI. A través del mismo, estudiosos de diez países europeos tratan de afrontar actualmente el problema que los nuevos formatos digitales suponen para los humanistas en la era de internet. Al comentar sus propuestas, Cohen recogía unas palabras del profesor de la Universidad de Princeton, Anthony Grafton, quien, asombrado por los avances que las «humanidades digitales» podían suponer para la investigación, decía:

> Soy un creyente en la cuantificación. Pero no creo que la cuantificación pueda resolverlo todo. Buena parte de la erudición humanística tiene que ver con la interpretación… Es fácil olvidar que los medios digitales son un medio y no un fin.

La frase del reconocido humanista exponía bien a las claras que vivimos tiempos nuevos y que las nuevas tecnologías ofrecen sin duda amplísimas posibilidades, pero estas deben estar al servicio del conocimiento, y no al revés, como ocurre en tantas ocasiones.

Nuestro Coloquio y nuestro Proyecto no van a tratar específicamente de tal desafío mediático, sino de los usos y abusos que los presupuestos humanísticos supusieron en la Edad Moderna, aunque sus integrantes se sirvan sin duda, como no podía ser menos, de dichos medios y métodos actuales. Desde tal perspectiva, el Humanismo se revisará a nueva luz, tratando de ofrecer un panorama amplio a cargo de distintos especialistas que sirva de base, como decimos, para futuras discusiones y encuentros.

Si en ocasiones anteriores hemos organizado distintos cursos y jornadas desde la Cátedra «Baltasar Gracián», en este caso, una circunstancia especial ha ensanchado límites y fronteras, al incardinarse en el ya mencionado Proyecto «Saberes humanísticos y formas de vida en la Edad Moderna europea». En él se integran distintos grupos de investigación, procedentes de las universidades alemanas de Münster, Colonia, Tubinga, Munich, Bonn y Kiel, junto a otros españoles, provenientes de las Universidades de Salamanca, Zaragoza y Autónoma de Barcelona, así como de la Universidad Complutense y de la Universidad Rey Juan Carlos. Emanado de anteriores encuentros en Münster y Salamanca, este Proyecto Hispano-alemán nace con vocación de futuro, como podrá comprobarse en las sesiones dedicadas al mismo y en los documentos institucionales que se publicarán junto a las Actas, donde cada coordinador expondrá las líneas de investigación de su grupo. Gracias a ello, tendrán ocasión de comprobar el alcance de una empresa que esperemos sea fructífera y sirva para intercambiar opiniones y programas entre profesores y jóvenes investigadores de Alemania y España.

Por último, deseo referirme a la aparición del volumen *La luz de la razón. Literatura y Cultura del siglo XVIII*, que acaba de publicar en Zaragoza la Institución Fernando el Católico, donde se recogen las Actas de las Jornadas que se celebraron con tal motivo hace un año. Dedicado a Ernest Lluch, catedrático de Historia de la Economía, Ministro de Sanidad y Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, que fue asesinado vilmente hace diez años por ETA, sus páginas pretenden ser un tributo hacia una persona que tenía por lema el dicho de Kant: *Sapere aude* («Atrévete a saber»), que bien puede servirnos a todos como preciosa señal, de hoy para mañana y para muchos días.

Ojalá que, tanto las conferencias como la mesa redonda relativa al Proyecto Hispano-alemán que aquí se presenta, sirvan para mejorarnos como estudiosos y como personas. Y ojalá también que quienes nos visitan disfruten de su estancia zaragozana, para que, cuando vuelvan a sus casas, guarden un buen recuerdo de ella. Pues, como demostró Rainer Maria Rilke en *Trilogía española* y *Al Ángel*, es desde la distancia como mejor se construye el recuerdo de las ciudades en el

almacén de la memoria. Me permitirán, por todo ello, que, para cerrar la presentación de este encuentro humanístico hispano-alemán, lea (en la traducción de Jaime Ferrero Lanfarte) uno de los *Poemas a la noche* de Rilke, surgidos a la zaga de san Juan de la Cruz durante su viaje a España, pero escritos en París entre 1913-1914:

Levantando del libro la mirada,
de las próximas, numerables líneas,
lejana la plenitud de la noche,
oh, cómo se reparten con mesura estelar
instados sentimientos,
como si se soltase
un ramillete de flores campestres:
Juventud de las leves,
vacilar declinante de las graves,
curvatura morosa de las tiernas,
placer de relación por todas partes,
y codicia en ninguna:
mundo en demasía y Tierra bastante.

Zaragoza, 15 de diciembre de 2011

AURORA EGIDO
Directora de la Cátedra «Baltasar Gracián»